



Evelina

o

*Historia de una Joven Dama
en su Entrada en Sociedad*





Evelina

o

*Historia de una Joven Dama
en su Entrada en Sociedad*

FRANCES BURNEY



d'Época
editorial



EVELINA

PARTE PRIMERA

CARTA I

De lady Howard al reverendo señor Villars

Howard Grove

Existe tal vez, muy señor mío, hecho más penoso para un corazón amigo que la necesidad de comunicar una noticia desagradable? En verdad, a veces es difícil discernir si es más digno de compasión aquel que escribe la mala noticia o su destinatario.

Acabo de recibir una carta de *madame* Duval: verdaderamente no sabe cómo proceder. Parece deseosa de remediar el daño causado y sin embargo le gustaría que el mundo la considerase libre de culpa. De muy buena gana descargaría sobre otra persona el odio de aquellas desgracias de las cuales ella es la única responsable.

La suya es una carta violenta, injuriosa a veces, ¡y todo ello hacia *usted!*... Usted, hacia quien esa mujer tiene obligaciones que son incluso más grandes que sus culpas, pero es a sus consejos a quienes atribuye perversamente todos los sufrimientos de su hija ultrajada, la fallecida lady Belmont. Le pondré al corriente del tenor general de aquello que escribe; la carta en sí misma no es digna de su atención.

Esa mujer me dice que su deseo desde hace ya muchos años es venir a Inglaterra, circunstancia esta que le ha impedido escribir para interesarse sobre este triste asunto, dado que esperaba hacerlo personalmente, pero razones de carácter familiar la han retenido en Francia, país que por el momento no tiene intención de abandonar. Por ello, recientemente hizo todo lo posible por procurarse un fiel informe de los acontecimientos referidos a la hija víctima de «maléficos consejos»; el resultado de tales esfuerzos fue el conocimiento de que, en su lecho de muerte, la mujer dejó una pequeña huérfana. Habiendo averiguado que la muchacha vive con usted, *madame* Duval dice con gran generosidad que si usted, mi querido amigo, pudiera procurarle pruebas válidas del vínculo de parentesco

que la unen con la jovencita, podría entonces enviarla a París, donde la señora se haría cargo de ella del modo adecuado.

Es indudable que esta mujer es consciente de su conducta *contra natura*: se evidencia, de aquello que escribe, que sigue siendo tan vulgar e ignorante como cuando su primer marido, el señor Evelyn, tuvo la debilidad de casarse con ella, pues ni siquiera se disculpa por dirigirse a mí, que solamente la he visto en una ocasión.

Esta carta ha provocado en mi hija, la señora Mirvan, un gran deseo de conocer las razones que indujeron a *madame* Duval a abandonar a la desdichada lady Belmont en un momento en el que la protección de una madre era tan necesaria para su paz y su reputación. Si bien yo conozco personalmente a cada una de las personas involucradas en este asunto, el tema me ha parecido siempre de una naturaleza demasiado delicada para discutir sobre ello con los interesados; no puedo, por tanto, satisfacer a la señora Mirvan de otro modo que dirigiéndome directamente a usted, mi querido amigo.

Al decir que *podría* usted enviarle a la muchacha, *madame* Duval pretende hacer una concesión, cuando realmente se trata de una obligación. No pretendo darle consejos, amigo mío, a usted no: a su generosa protección esta pobre huérfana le debe todo en la vida. Es usted la única persona, y la mejor, que puede juzgar aquello que la joven debe hacer; pero estoy muy preocupada por las molestias y la inquietud que esta indigna mujer pueda causarle.

Mi hija y mi nieta se unen a mí en el deseo de que esa encantadora muchacha nos recuerde con cariño; y me invitan a recordarle que la visita anual a Howard Grove, que formalmente nos ha prometido, ha sido suspendida desde hace más de cuatro años.

Querido señor, con gran estima, su humilde y devota amiga,

M. Howard

CARTA II

Del señor Villars a lady Howard

Berry Hill, Dorsetshire

Su señoría ha previsto bien la perplejidad y aflicción que me ha producido la carta de *madame* Duval. Sin embargo debería alegrarme de no haber sido importunado durante todos estos años, en vez de lamentarme por las molestias de ahora; porque ello significa que en esta desdichada mujer se ha despertado finalmente el remordimiento.

En cuanto a mi respuesta, debo pedirle humildemente a su señoría que conteste a *madame* Duval en los siguientes términos: «Que jamás ofendería, bajo ningún concepto, a *madame* Duval, pero que de momento tengo poderosos motivos, más bien irrefutables, para retener a su nieta en Inglaterra; y el principal no es otro que el ardiente deseo de una persona a cuya última voluntad le debe un implícito respeto. *Madame* Duval puede estar segura de que su nieta recibe atenciones y ternura a raudales; que su instrucción, aunque nunca suficiente a mis aspiraciones, es casi superior a mis capacidades; y que me congratulo del hecho de que, cuando llegue el momento de que la jovencita presente sus respetos a su abuela, *madame* Duval no encontrará motivo de descontento por todo cuanto se ha hecho por ella».

Estoy convencido de que su señoría no se sorprenderá de esta respuesta. *Madame* Duval dista mucho de ser una compañía o protección apropiada para una joven dama: está tan privada de instrucción como de escrúpulos, posee un temperamento y modales groseros. Tengo conocimiento desde hace ya tiempo de que profesa una fuerte aversión hacia mí... ¡Pobre mujer! Sólo puedo considerarla digna de lástima.

No puedo negarme ante una petición de la señora Mirvan, y sin embargo, para satisfacerla, seré —por su propio bien— lo más conciso posible, dado que los crueles acontecimientos que precedieron al nacimiento de mi pupila no



pueden ofrecer deleite alguno para un alma generosa como la suya.

Quizá su señoría habrá escuchado alguna vez que, en calidad de preceptor, tuve el honor de acompañar en sus viajes al señor Evelyn, el abuelo de mi joven pupila. Justo tras su regreso a Inglaterra, el infeliz matrimonio con *madame* Duval, en aquella época camarera en una taberna, contrariamente a los consejos y súplicas de todos sus amigos de entre los cuales fui el más ansioso en mi intención de disuadirlo, le indujo a abandonar su país natal y establecer su residencia en Francia, hasta donde le persiguieron la vergüenza y el arrepentimiento: sentimientos que su corazón no estaba preparado para soportar; porque, aun habiendo sido por desgracia, demasiado débil para resistir a la seductora belleza que la naturaleza, avara con aquella mujer en otras virtudes, había concedido con mano generosa a su esposa, era sin embargo un joven de índole exce-

lente y de impecable conducta hasta el momento en que inexplicablemente enloqueció. Sobrevivió únicamente dos años a su imprudente matrimonio. En el lecho de muerte, con mano temblorosa, me escribió el siguiente mensaje:

«¡Amigo mío, olvide su resentimiento en pro de la generosidad! Un padre ansioso por el bien de su hija se la confía a sus cuidados. ¡Oh, Villars, escúcheme. Tenga piedad! ¡Concédame este consuelo!»

Si las circunstancias me lo hubieran permitido, hubiera contestado a estas palabras con un inmediato viaje a París; pero me vi obligado a proceder a través de un amigo que se encontraba en el lugar y que asistió a la lectura del testamento.

El señor Evelyn me dejó una herencia de mil libras y la exclusiva responsabilidad de su hija hasta el cumplimiento de su decimoctavo cumpleaños, conjurándome con las palabras más afectuosas a que asumiera la responsabilidad de su instrucción hasta que estuviera en condiciones de desenvolverse correctamente por sí misma; pero en cuanto al patrimonio, dejó que dependiera completamente de su madre, encomendándola a su cariño.

De este modo, a pesar de no confiar el intelecto y la moralidad de la hija a una mujer mezquina y maleducada como la señora Evelyn, sostuvo sin embargo oportuno asegurarle el respeto y la obediencia que, por parte de la hija, le eran ciertamente debidos; pero por desgracia no tuvo en cuenta que la madre, por su parte, pudiera despreciar el amor o el sentido de la justicia.

Querida señora, desde el segundo hasta el decimoctavo año de vida de la señorita Evelyn, fue educada bajo mis cuidados y mi techo, a excepción del período en que se encontraba en la escuela. No es necesario que exponga a su señoría las virtudes de esta joven y excelente criatura. Me quiso como a un padre y la señora Villars no recibió menor consideración; por otra parte yo la he querido tanto que su pérdida me causó un dolor casi tan grande como aquel que sufrí por la desaparición de la señora Villars.

En aquel momento de su vida nos separamos; su madre, casada de nuevo con *monsieur* Duval, la llamó a París. ¡Cuántas veces me he arrepentido de no haberla acompañado! Protegida y amparada por mí, la infelicidad y la desgracia que la esperaban quizá hubieran podido evitarse. Pero —para abreviar—, *madame* Duval, bajo instigación del marido, proyectó urgentemente un matrimonio entre la señorita Evelyn y uno de los sobrinos de aquel. Y cuando descubrió que su poder era infructuoso para lograr su objetivo, se encolerizó por la falta de voluntad de la muchacha, la trató con cruel dureza, y la amenazó con la ruina y la pobreza.

A la señorita Evelyn, a quien la cólera y la violencia le eran desconocidas hasta entonces, muy pronto le resultó insupportable aquel trato, y consintió precipitadamente en un matrimonio privado y sin testigos con sir John Belmont, un joven disoluto que encontró fácilmente los medios para conquistar sus favores. Le prometió llevarla a Inglaterra..., lo hizo... ¡Oh, mi buena amiga, ya conoce el resto de la historia! Desilusionado a causa del implacable rencor de los Duval, de sus expectativas sobre el patrimonio, con gesto infame, quemó el certificado de su matrimonio y ¡negó que se hubieran casado jamás!

La muchacha se precipitó hacia mí en busca de protección. ¡Cuántas emociones cuando volví a verla! ¡Una mezcla de angustia y alegría! Siguiendo mi consejo, ella intentó procurarse las pruebas de su matrimonio, pero en vano; su credulidad no podía competir con la astucia del marido.

Todos estaban convencidos de su inocencia por el immaculado tenor de su juventud impecable y por la consabida impudicia de aquel bárbaro traidor. Y sin embargo, el sufrimiento fue demasiado intenso para aquella delicada constitución y, en el mismo instante en que comenzó la vida de la recién nacida, terminaron los dolores y la existencia de la madre.

La cólera de *madame* Duval por la fuga de su hija no se atenuó mientras aquella injuriada víctima de la crueldad aún tuvo aliento. Es probable que tuviera intención, con el tiempo, de perdonarla, pero este no le fue concedido. Me dijeron

que cuando tuvo conocimiento de su muerte, los paroxismos de dolor y remordimiento que sufrió le causaron una grave enfermedad; pero desde el momento de su recuperación hasta la fecha de la carta de su señoría, no había escuchado jamás que hubiera manifestado deseo alguno de conocer las circunstancias que acompañaron a la muerte de lady Belmont y al nacimiento de la pobre niña.

Mientras yo viva, aquella criatura, mi querida amiga, no advertirá jamás la pérdida que le ha tocado sufrir. La he querido tiernamente, la he criado y amparado desde su más tierna infancia hasta su decimosexto año de vida; y ella ha pagado mis atenciones con tanta generosidad que, hoy, mi más ardiente deseo se limita a entregarla a una persona que sea consciente de sus valores, y llegado ese momento, abandonarme al eterno reposo entre sus brazos.

Y así fue como la instrucción del padre, de la hija y de la nieta recayó sobre mí. ¡Qué grandísima infelicidad me causa-



ron los dos primeros! Si el destino de mi supervivencia tuviera que ser igualmente adverso... ¡Cuán desdichados serían mis cuidados... el fin de mis días!

Incluso si *madame* Duval fuera merecedora del cargo que reclama, temo que mi fortaleza se quebraría ante la separación; pero siendo quien es, no sólo el amor sino mi instrínseca naturaleza se horrorizan frente a la bárbara idea de traicionar la sagrada confianza depositada en mí. En verdad, a duras penas toleraba las visitas anuales a la respetable residencia de Howard Grove; permíteme, mi querida amiga, y no me considere ingrato ante el honor que su señoría nos concede a ambos; pero es tal la huella que las desdichas de la madre han dejado en mi corazón que no puedo perder de vista a la muchacha, ni siquiera un minuto, sin suscitar aprensiones y terrores que llegan a abrumarme. ¡Hasta este punto, querida amiga, ha llegado mi cariño a la par que mi debilidad! Pero esta joven es lo único que me queda en el mundo y confío en la bondad de su señoría para que no juzgue con severidad mis sentimientos.

Ruego presente mis más humildes respetos a la señora y señorita Mirvan. Con el honor de ser, querida amiga, el más humilde y devoto de sus servidores,

Arthur Villars

CARTA III

[Escrita algunos meses después de la anterior]

De lady Howard al reverendo señor Villars

Howard Grove, 8 de marzo

 uerido reverendo:

Su última carta me ha proporcionado un infinito placer; ¡tras una enfermedad tan larga y tediosa, habrá sido muy agradable para usted y sus amigos haber recuperado la salud! Todos aquí le desean de corazón los mejores augurios para que esta continúe mejorando.

Espero no abusar en estos momentos de su recuperación, por la cual estamos todos felices, si me aventuro a unir el nombre de Howard Grove con el de su pupila. Sin embargo, debe usted tener presente la paciencia con la cual nos hemos sometido a su deseo de no separarse de ella durante su delicado estado de salud, aunque nos abstuvimos de solicitar nuevamente su compañía con gran reticencia. Mi nieta, especialmente, consigue a duras penas reprimir su ansia de encontrarse de nuevo con su amiga de la infancia y, por mi parte, es muy fuerte mi deseo de manifestar el respeto que sentía por la desafortunada lady Belmont sirviendo de alguna utilidad a su hija; lo cual considero el mejor homenaje que le puedo tributar a su memoria. Permítame, por tanto, exponerle las intenciones que la señora Mirvan y yo tenemos ahora que ya se encuentra restablecido.

No pretendo asustarle..., pero ¿piensa que podrá soportar separarse de su joven compañera durante dos o tres meses? La señora Mirvan planea pasar la próxima primavera en Londres a donde, por vez primera, la acompañará mi nieta. Dicho esto, mi querido amigo, su más ferviente deseo sería ampliar y deleitar al grupo con la compañía de su amable pupila, que tendría, a la par con la hija, los cuidados y atenciones de la señora Mirvan. No se sobresalte ante esta propuesta: es hora de que la muchacha vea un poco de mundo. Cuando a los jóvenes

se les mantiene alejados con demasiada severidad, la imaginación vivaz y romántica lo dibuja como un paraíso por el cual son seducidos; pero cuando se les muestra a su debido tiempo y de un modo apropiado, lo ven realmente como es: ecuánimemente equilibrado entre el sufrimiento y el placer, entre la esperanza y la desilusión.

No ha de temer que pueda encontrarse con sir John Belmont, dado que ese hombre disoluto se encuentra en el extranjero y este año no se le espera en la patria.

Y bien, mi buen amigo, ¿qué me dice de nuestro proyecto? Espero que contaremos con su aprobación; en caso contrario, tenga por seguro, mi querido amigo, que no podré jamás disgustarme por ninguna decisión tomada por usted, una persona tan respetada y estimada por su más humilde y fiel servidora,

M. Howard

CARTA IV
Del señor Villars a lady Howard

Berry Hill, 12 de marzo

Me disgusta enormemente, señora, parecer obstinado, y me sonrojo frente al peligro de ser acusado de egoísta. Al retener por tanto tiempo junto a mí en el campo a mi joven pupila, no he valorado exclusivamente una personal inclinación. Destinada, con toda probabilidad, a poseer un patrimonio muy modesto, deseaba reducir sus perspectivas en proporción a sus posibilidades.

La mente es, por naturaleza, demasiado proclive al placer, y se deja llevar fácilmente por la disipación; he puesto todo mi empeño en prevenirla contra dichas ilusiones preparándola para esperarlas... y despreciarlas. Pero el tiempo alienta a la experiencia y a la observación a ocupar el puesto de la educación: si, en alguna medida, he conseguido que sea capaz de usar la una con discreción y practicar la otra mejorándola, estaré satisfecho de haber contribuido a su prosperidad. Ahora está en una edad en la que la felicidad significa querer participar... ¡Dejemos que lo disfrute! La encomiendo a la protección de su señoría y únicamente espero que sea considerada digna de la mitad de las bondades que estoy seguro recibirá en su hospitalaria residencia.

Hasta aquí, querida señora, me someto felizmente a sus deseos. Confiando a mi pupila a los cuidados de lady Howard no advertiré aflicción alguna por su ausencia más que aquella suscitada por la pérdida de su compañía, porque estoy convencido de que estará igual de bien atendida que si estuviera bajo mi mismo techo. Pero ¿es posible que su señoría hable seriamente cuando me propone iniciarla en las diversiones de la vida londinense? Permítame que le pregunte: ¿con qué fin, con qué propósito? Es raro que una mente joven esté libre de ambición; ponerle freno es el primer paso hacia la serenidad visto que disminuir las expectativas significa aumentar la sa-

tisfacción. Mi mayor temor es acrecentar con desmesura sus esperanzas y perspectivas, hecho que la vivacidad natural de su índole lograría fácilmente. Las amistades de la ciudad de la señora Mirvan pertenecen en su totalidad a la alta sociedad; esta joven y cándida criatura, demasiado bella para pasar desapercibida, es excesivamente sensible para resultarles indiferente, pero posee recursos muy limitados como para atraer la honorable atención de los hombres del gran mundo.

Considere, señora, la particular crueldad de su situación: hija única de un rico barón que jamás ha conocido personalmente, tiene todos los motivos para detestar la fama de su padre y le está prohibido reivindicar su nombre. Aunque le asista el derecho legal de heredar el patrimonio y la propiedad, ¿existe tal vez alguna probabilidad de que la reconozca de un modo *apropiado*? Y mientras él continúe negando su matrimonio con la señorita Evelyn, su hija no recibirá nunca, a costa del honor de su madre, una parte de sus derechos como dádiva de su personal generosidad.

Y por lo que se refiere a la fortuna del señor Evelyn, no tengo duda de que *madame* Duval y sus parientes se la liquidarán entre ellos.

Parece, por tanto, que esta criatura abandonada, aun siendo la heredera legal de dos sólidos patrimonios, está obligada a vincular sus expectativas racionales a la adopción y a la amistad. Su rédito podrá hacerla feliz sólo si está dispuesta a limitarse a una vida retirada, dado que no le permitirá en modo alguno gozar de los lujos de una gran dama londinense.

Déjeme pues, señora, que la señorita Mirvan brille en todo el esplendor de la vida mundana, pero permita que mi niña disfrute todavía de los placeres de un modesto retiro, con una mente para la cual las perspectivas más amplias permanezcan en lo desconocido.

Espero que estas argumentaciones gocen del honor de su aprobación, y tengo aún otro motivo que para mí tiene una gran importancia: no quisiera ocasionar intencionalmente ofensa alguna a ningún ser humano y seguramente *madame*

Duval podría acusarme de ser injusto si, mostrando mi rechazo a que la nieta le haga una visita, consintiera que participase de un viaje de placer a Londres.

Al enviarla a Howard Grove no emerge en mí ningún escrúpulo de este tipo y así la señora Clinton, dignísima mujer y en un tiempo su nodriza, hoy mi ama de llaves, la llevará allí la próxima semana.

Aunque siempre la he llamado con el nombre de Anville y he contado en esta comarca que el padre, un íntimo amigo, me encomendó su custodia, he creído necesario ponerla al corriente de las melancólicas circunstancias que acompañaron a su nacimiento porque, incluso ansiando protegerla de la curiosidad y de la impertinencia ocultando su verdadero nombre, su familia y su historia, no he querido dejar en manos del azar la posibilidad de que alguna imprudencia turbara su gentil naturaleza con un relato tan penoso.

No debe, querida señora, esperar demasiado de mi pupila. Es una pequeña campesina que no sabe nada del mundo y, aunque su instrucción es la mejor que le he podido ofrecer en este retirado lugar del cual Dorchester, la ciudad más próxima, dista siete millas, no me sorprendería si descubriera en ella mil imperfecciones en las que jamás soñé reparar. Debe de haber cambiado mucho desde su última visita a Howard Grove..., pero no quiero decirle nada sobre ella; la dejo a la propia observación de su señoría de la cual imploro una fiel valoración.

Quedo, querida señora, con gran respeto su humilde y devoto servidor,

Arthur Villars